



**ÉTICA Y PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE EN LA INVESTIGACIÓN:  
ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA SUBJETIVIDAD EN EL  
OFICIO DE INVESTIGADOR**

JOHN JAMES GÓMEZ GALLEGO

**RESUMEN**

El presente trabajo aborda la posición del investigador a partir de la pregunta por la ética que lo implica. Para ello, se realiza una problematización de la investigación en tanto oficio orientado desde la lógica de una ética que no es la de la moral, sino, la del deseo que lo atañe en tanto sujeto, reconociendo, entonces, que no hay investigación si no en la medida en que el sujeto está considerado en su marco. Así, se da cuenta también de la caída de los ideales de la pretendida objetividad y se propende por la idea del encuentro con la novedad, la heurística y la imposibilidad de la verdad como totalidad, como cuestiones centrales en la investigación.

**Palabras clave:** Investigación; subjetividad; ética; principio de incertidumbre.

**ETHICS AND UNCERTAINTY PRICIPLE  
IN RESEARCH:**

**SOME CONSIDERATIONS ON THE  
SUBJECTIVITY IN THE  
INVESTIGATOR'S TRADE**

**SUMMARY**

The present work approaches the position of the investigator from the question for the ethics that implies it. For it, a problematización of the investigation is realized while trade orientated from the logic of an ethics that is not that of the morality, but, that of the desire that it concerns while I hold, recognizing, that there is no investigation if not in the measure in which the subject is considered in his frame. This way, it realizes also the fall of the ideal ones of the claimed objectivity and is tended by the idea of the meeting by the innovation, the heuristic one and the impossibility of the truth as totality, as central questions in the investigation.

**Key words:** Research; subjectivity; ethics; uncertainty principle.



*“Siempre que uno se decepciona está equivocado. Nunca hay que decepcionarse de las respuestas que se reciben, porque si uno se decepciona, estupendo, prueba de que fue una verdadera respuesta, es decir, aquello que precisamente no esperábamos”*

Lacan, 1953-54, p. 356.

Desde el descubrimiento Freudiano del Inconsciente resulta innegable el reconocimiento de que el hombre no es dueño de la total razón, aun menos en la que concierne a su propio ser. Esto implica, de suyo, una ineludible pregunta por la cuestión del sujeto. Dicha pregunta no sólo subsiste, insiste tratando de hacerse escuchar incluso allí donde los imperativos globales de la era moderna parecen buscar con afán su silenciamiento. Tal afán resulta evidente, bien sea en afirmaciones categóricas acerca de cómo el descubrimiento del genoma asegura la llegada, en un futuro próximo, de la explicación verdadera y absoluta sobre el comportamiento humano, o también con la creación de pastillas que supuestamente pueden operar no sólo sobre el organismo sino sobre el pensamiento y los afectos. Seguramente no tardará la aparición en el mercado de alguna píldora que prometa gobernar también sobre lo inconsciente o, en el peor de los casos, ocurra un funesto destino en la psicología misma como la nueva “policía del pensamiento” a la manera en que George Orwell dispone de tal metáfora para la sociedad en su ya clásica novela *1984*, con lo cual se intentaría controlar lo que está permitido o no pensar, bajo la premisa de mantener erigida la ignorancia en la forma de homogeneidad, siendo así que aquello evanescente que siempre asoma al sujeto quede velado cada vez más, distanciándolo así de la posibilidad de establecer alguna relación con el saber que le atañe en lo más íntimo, como éxtimo.



Partiendo de estas inquietudes, nos disponemos a presentar algunas reflexiones en torno a la subjetividad cuando de la investigación y las “ciencias” se trata. Proponemos algunas consideraciones acerca de los avances de las ciencias que dan cuenta de la relevancia de principios que podrían orientar la experiencia de la investigación, antes que los tan proliferados estándares en los que, aun hoy, muchos campos de las ciencias suponen garantizarse los sofismas de validez y confiabilidad. Lógicamente, nuestras consideraciones son ideas que, como cualquier otra, están abiertas a discusión y representan ante todo una manera de leer lo que acontece en la cultura, específicamente, a la manera que el psicoanálisis nos posibilita. Así, nos proponemos por lo pronto presentarlas como hipótesis surgidas de la revisión de algunos postulados y de la experiencia propia en el oficio de investigador.

No es motivo de nuestro trabajo discurrir alrededor de los pormenores históricos correspondientes a los objetos de estudio de la psicología ni de la aparición y presencia de la noción de subjetividad en la filosofía o en los diversos modelos psicológicos, lo que no quiere decir que estemos obligados a abstenernos de realizar alguna mención a ello cuando lo consideremos pertinente. Optaremos, en principio, por centrarnos en el abordaje de una pregunta que nos orienta como excusa y causa de nuestra reflexión: *¿Cuál es el lugar posible de una ética en el oficio de investigador cuando de la pregunta por el sujeto se trata?*

Esperamos pues que las ideas aquí desarrolladas sirvan en alguna medida para estimular la reflexión y promuevan futuras discusiones y debates en torno a un tema que, a nuestro parecer, cuenta siempre con un carácter crucial y problemático.



### ***El Investigador, la Ecurridiza Verdad y el Principio de Incertidumbre***

Cualquier consideración acerca de la manera en que puede concebirse algún tipo de objeto a ser estudiado, requiere el reconocimiento de las implicaciones que ello conlleva para aquel que se define en la posición de investigador. Esto implica que los objetos son, sobre todo, construcciones transitorias que responden a dimensiones simultáneas entre las cuales es posible considerar al menos las siguientes: a) la imaginación del investigador, fundamental para la creación de un objeto (Mills, 1987); b) “el punto de vista del observador crea el objeto” (Bourdieu, 2001, p.51); c) el conjunto de prejuicios, preconceptos y conceptos que se ponen en juego durante el proceso de investigación; d) el desafío de la artesanía intelectual, es decir, de tejer la experiencia como algo en lo que no habrá posibilidades de producción seriada, razón por la cual se requiere un gran esfuerzo heurístico por parte del investigador; y finalmente, e) el reconocimiento de que aquello que se produce es una verdad, como todas, incompleta, incierta, pues si algo ha resultado imposible de obviar desde de la lingüística moderna con Saussure (1964), es que por las condiciones equívocas, multívocas y polisémicas del lenguaje, el sentido siempre se desliza, se desplaza, y la verdad queda entonces destinada a ser sólo un instante fugaz en el que dicho sentido parece presentificarse en un punto de fijeza, con lo cual deviene crucial abstenerse del engaño acerca de que se ha atrapado, construido o creado la verdad, pues lo verdadero “nunca se alcanza sino por vías torcidas” (Lacan, 1972-73/2004, p. 115), y como tal siempre se nos escurre. Seguramente las implicaciones aquí señaladas, con las que el investigador debe vérselas en su tránsito por la experiencia, son solo un minúsculo conjunto de todas aquellas que podrían nombrarse y



describirse, así que no refieren más que a un punto de vista, un sentido, una verdad, como todas, incompleta.

Ahora bien, pareciera que a pesar de las implicaciones antes mencionadas, la tradición en las ciencias, que generalmente son reducidas al singular “ciencia”, parece sucumbir de manera continua al engaño del conocimiento asumido como “verdad revelada”, rezago tal vez del sueño místico/religioso en que se podría encontrar en algún lugar una consistencia plena que garantizase la aprensión de la verdad total, de la realidad absoluta. Si otrora el nombre de esa consistencia era Dios, hoy parece coexistir con el pseudónimo “ciencia”. No obstante dicha pretensión, se hace cada vez más evidente la falta de exactitud en las ciencias, no sólo en las sociales, sino también en las naturales y matemáticas. Ejemplo de ello es lo acontecido con los descubrimientos de Werner Heisenberg quien en 1927 define el principio de incertidumbre, lo que inevitablemente resquebrajó las teorías del modelo del átomo de Bohr y Rutherford, en el que se suponía “a los átomos describiendo órbitas estacionarias alrededor del núcleo y evolucionando a unas velocidades (energías) bien determinadas” (Casabó, 1997, p.6). Las investigaciones de Heisenberg lo llevaron a concluir que era imposible acercarse a cualquier objeto sin generar algún tipo de cambio en su estructura, es decir, que sin importar cuán preciso se suponga el instrumento con el que se realiza la aproximación, el objeto no será idéntico al momento previo de la observación. Incluso se ha logrado demostrar que las partículas subatómicas solo toman posición en la medida en que son observadas y que, en el caso de la luz, es posible definirla a la vez como partículas y como ondas según el tipo de instrumento con que se registre y no como un rasgo propio de la luz; esto se conoce como *dualidad onda-corpúsculo* (Hawking, 2005) y fue introducida por Louis-Víctor Broglie en



1924. Aun en campos aparentemente precisos como el la matemática algebraica, Boole logra establecer una lógica del álgebra por la cual la suma de dos factores iguales ya no sería su doble, sino, el cero, es decir  $1+1 = 2$ , queda sustituido por el  $1+1=0$ , lo que, dicho sea de paso, es la transposición que hace posible la existencia actual de la cibernética (García, 2002). Incluso, el descubrimiento tal vez más importante de la física en el siglo XX, logrado por Einstein y denominado "*Teoría de la relatividad especial*", da cuenta de que incluso la medición de dos acontecimientos, con el mismo instrumento, tendrá resultados diferenciales aunque dicha diferencia sea tan pequeña como para ser a veces registrada con lo cual, se llega a la ilusión de que el resultado ha sido el mismo. Pero justamente, el precio del descubrimiento de la relatividad es tener noticia de que:

Los aparatos de medición más precisos del mundo confirman que el espacio y el tiempo -cuando se miden como distancias y duraciones- no son percibidos de forma idéntica en la experiencia de todas las personas. Según el modo preciso en que Einstein la formuló, la relatividad especial resuelve el conflicto entre nuestra intuición relativa al movimiento y las propiedades de la luz, pero hay que pagar un precio: los individuos que se están moviendo el uno con respecto al otro no coincidirán en sus observaciones del espacio, ni tampoco en las del tiempo. (Green, 2001, p.28).

Resulta clave retornar a la cita la Bourdieu mencionada anteriormente, quien, retomando a Saussure, señala que "el punto de vista del observador crea el objeto". Tal vez, no llegue siempre a crearlo, tal vez a veces lo modifica, lo recompone, lo altera. Sea como fuere se trata, para decirlo de una manera que a nuestro parecer resulta más indicativa, lo hace existir dándole un lugar en el orden simbólico y a partir de allí insertándolo en un discurso, bien sea este la ciencia, la religión o el mercado.



En este orden de ideas, podemos decir que las ciencias, la verdad, el conocimiento, antes que constituirse en formas de certeza, como bien lo avizoraba Descartes, son cuestiones íntimamente ligadas a la incertidumbre y que se sostienen, a pesar de ello, gracias a la apariencia de estabilidad que brinda el concierto de la participación pactada en un discurso. Desde esta lógica, si el investigador se orienta como un *experto* que se declara conocedor de alguna forma verdadera de saber, es probable que se encuentre con grandes aporías y deba esforzarse en hacer que todo resulte como de antemano ya era esperado para que corresponda con el paradigma, es decir, evitará la decepción de encontrarse con algo inesperado, rechazando el descubrimiento. En cambio, si al igual que Heisenberg, se sobrepone a la decepción de verse enfrentado al principio de incertidumbre renunciando a las certidumbres anticipadas que lo hacían un *experto*, y convierte tal decepción en un deseo de saber a partir de una experiencia incierta que denominaremos *investigación*, tal vez pueda llegar a verse sorprendido por lo inesperado, por un nuevo deslizamiento de sentido, por un nuevo e incompleto rostro de la verdad, es decir, por una nueva manera de *leer y escribir* que se traducirá en un descubrimiento o una invención. Así, la posibilidad de crear recaería sobre el ejercicio riguroso de un trabajo que no sea rígido, es decir, que si bien el investigador debe reflexionar sobre el saber que le atañe en toda búsqueda, esto no significa que deba resguardarse en estándares que garantizarían algún supuesto de objetividad. Esta puede ser justamente una falacia del positivismo con la que se corre el riesgo de creer que existe la posibilidad de atrapar la verdad del objeto sin afectarlo al interactuar con él, cuestión sobre lo que ya hemos sido alertados, en reiteradas ocasiones, por el principio de incertidumbre y por la teoría de la relatividad especial. El investigador se ve enfrentado en su experiencia a no



delegar la responsabilidad de su oficio, de su saber, de sus sentidos y sinsentidos, a la técnica que tiene en el estándar su falso garante; más bien, -al menos en nuestra perspectiva-, se trata de guiarse por algunos principios que orienten una experiencia que más que la objetividad, aspiren a una ética, entendida esta última en el sentido cercano a lo propuesto por Baruch de Spinoza (1987) en la medida en que se trataría de que el investigador asuma la responsabilidad del deseo que lo implica, y con ello, los límites y las posibilidades de su experiencia cualquiera sea el objeto que estudia. Consideramos el principio de incertidumbre como uno entre otros que podrían servir a estos fines.

### ***Algunas Reflexiones acerca de la Ética y la Subjetividad en la Investigación***

Hemos señalado hasta ahora particularidades que, de ser tomadas a la ligera, parecerían corresponder de manera exclusiva a la investigación en las ciencias llamadas fácticas. No obstante, el camino recorrido tiene como finalidad aproximarnos a algunas cuestiones alrededor de la investigación en torno a la subjetividad.

Que un objeto sea afectado por el observador no es una cuestión menor en la investigación, pues nos indica que, buena parte de lo que se produce como conocimiento o saber sobre él, se encuentra enmarcado en algún tipo de interacción, o desde nuestro punto de vista, alguna forma de intercambio. Dicho intercambio obedece a las condiciones particulares entre los elementos que participan en la experiencia. Y, en principio, es menester considerar al menos tres tipos de condiciones, a saber, las que corresponden al objeto estudiado, las que corresponden al investigador y las correspondientes a los instrumentos usados. Llamaremos a las primeras reales, a las segundas imaginarias y a





las terceras simbólicas.<sup>1</sup> Las reales serían aquellas propias del objeto allí donde no es observado y, este sentido, escapan siempre al observador, lo que hace que sean imposibles de determinar, no cesan de no escribirse, para decirlo parafraseando a Lacan. Las imaginarias, apelan al conjunto de preceptos y prejuicios del investigador, bien sean estos teóricos, históricos, morales, o de cualquier otro tipo, lo que define, de suyo, rasgos específicos que enmarcan una torsión sobre las condiciones reales. Finalmente, las simbólicas, aquellas que se configuran como abstracciones a través de las cuales se intenta establecer algún tipo de parámetro de desciframiento de lo que estaría “escrito” en el objeto y que no son la verdad, sino construcciones hipotéticas, categoriales si se quiere, puestas al servicio del intercambio, pero de cualquier manera incapaces de asir completamente lo real, dejando así, inevitablemente un resto que estará siempre perdido. Siendo así, la aproximación a un objeto de estudio, cualquiera que fuese, implicaría un juego de intercambios entre dichas condiciones. A nuestro parecer, es esto lo que está implícito en el principio de incertidumbre puesto que, sólo al entrar en dicho juego de intercambios podrá esbozarse algún tipo de hallazgo, por lo que siempre estará allí, presente, lo particular, un rostro figurativo denominado también *verdad*, que como ya mencionamos se manifiesta siempre escurridiza. En este orden de ideas, las condiciones propuestas no serían excluyentes entre sí, y los hallazgos no serían manifestaciones de sólo una de ellas, sino más bien de la configuración acontecida con los intercambios y con ello, de las intersecciones resultantes.

---

<sup>1</sup> Lógicamente estamos tomando prestados los registros definidos por Jacques Lacan como consistencias del ordenamiento de la realidad: lo real, lo simbólico y lo imaginario, para pensar la investigación como una experiencia que implica al sujeto.



Ahora bien, resulta obvio preguntarse ¿Por qué en el campo de la ciencia, cuando al conocimiento se refiere, pareciera que en ocasiones el hallazgo se asume como la verdad fundamental sobre el objeto? Pues bien, para dar una respuesta, seguramente entre muchas otras posibles, podríamos decir que esto se debe a que los objetos no hablan sino por la boca del investigador. Esto es lo que también expresaba Lacan con la pregunta: “¿Por qué no hablan los planetas?” (Lacan, 1953-54/1983, p.353), para lo cual retoma la respuesta que le había dado un eminente filósofo: “porque no tienen boca”, a quien “la pregunta no pareció presentarle demasiadas dificultades” (p.356). Así pues, “nosotros los hemos hecho hablar, y sería un gran error no preguntarnos cómo es esto posible” (p.359). En este sentido los objetos carecen de aquello que a nuestra manera de ver caracteriza la subjetividad: la posibilidad de intentar hacer saber al otro los sentidos y sin sentidos de la propia historia en la experiencia de hacer parte del mundo valiéndose de símbolos y, en esa medida, manifestarse deseante, es decir, con una falta que puede dirigirse al otro en forma de una demanda. Por lo tanto un planeta no podrá descentrarse, quejarse, manifestarse, demandar en relación con el lugar de aquel que lo hace hablar, cuestión muy diferente a la que acontece cuando aquello que se estudia tiene boca y habla, o cuando a pesar de su mudez fónica puede, por cualquier medio simbólico, hacerse escuchar. Esto es, al menos de manera alegórica, lo que ocurría con aquellas mujeres de la época victoriana con las que Freud inició su trabajo y con ello la invención del psicoanálisis. Ellas parecían no tener boca en tanto debían callar ciertas cuestiones y lo que Freud hace, a diferencia del cualquier otro médico de su época, es callarse, para que la boca apareciera y pudiesen hacerse escuchar. En este sentido, Freud (1893/1979), decidió ubicarse siguiendo el principio de incertidumbre al que



también podríamos denominar de manera paradójica con la máxima certidumbre socrática: *solo sé que nada sé*. Con ello subvierte la posición tradicional del investigador como aquel habla con su boca para hacer decir algo al objeto y se sitúa en el lugar de una oreja que deja que éste objeto que sí habla, el sujeto, despliegue las singularidades de su verdad.

Sin embargo, la línea común en las ciencias, no sólo fácticas sino también las denominadas sociales, se ha caracterizado por silenciar sus objetos, incluso cuando estos tienen boca y hablan. La validez y la confiabilidad, pequeños sofismas basados en la estandarización de técnicas, ha conllevado en múltiples ocasiones a tal silenciamiento. Las ciencias sociales en general, y la psicología en particular, parecen no ser la excepción a ello, razón por la cual la subjetividad no sólo ha sido dejada de lado, sino también, conminada a una “mala reputación”, sobre todo cuando viene a manifestarse del lado del investigador. Sin embargo, habría que preguntarse de dónde proviene la certeza de que desligarse de la subjetividad es en alguna medida posible, más aun considerando esas tres condiciones, reales, simbólicas e imaginarias, acontecidas en la experiencia del investigador. En este sentido coincidimos con González Rey cuando plantea que:

La epistemología exige un cambio rotundo en la representación del investigador sobre la ciencia, la cual está muy comprometida con su propia formación, precisamente en lo que Kuhn ha denominado paradigma, el cual condiciona fuertemente una visión sobre la ciencia, social en institucionalmente, de la cual es muy difícil salir, y que el investigador intenta perpetuar aun cuando se planteen problemas teóricos y metodológicos que, de hecho, exigen el desarrollo de otro paradigma. (González, 1997, p.12).



En tal caso, los paradigmas, antes que servir como referentes para pensar, lograron convertirse en algún momento en islas seguras con los cuales, el investigador, podría evadir el horror que la incertidumbre conlleva y con ello garantizarse la cómoda certidumbre de alguna verdad, a lo cual la estandarización de técnicas y la “figura” de la representatividad estadística han prestado un alto servicio. Si bien no desconocemos el valor que tiene indagar en grandes números de población, creemos que la experiencia de la investigación requiere del ejercicio del pensamiento riguroso que pueda desprenderse de la rigidez asociada a las falsas certezas paradigmáticas y a los sueños de generalización garantizados en el tamaño y representatividad de alguna muestra.

En este orden de ideas, un segundo principio que consideramos fundamental para la investigación en general y en la que corresponde a la psicología en particular, es la apuesta por una ética que recaiga sobre el reconocimiento del investigador de aquello que lo implica en el lazo que establece con el otro, con el sujeto que estudia y los problemas que se plantea. De las consecuencias de estar afectado por su subjetividad en los intercambios con los sujetos que supone estudiar y estar así exhortado a ser capaz de pensar en los límites continuos interior/ exterior de cualquier paradigma, e incluso ser capaz de pensar en contra de sí mismo, es decir, de sus prejuicios, preconceptos y todas aquellas certezas que lo circundan y que pueden llegar a convertirse en imágenes petrificantes o inhibitorias.

Se trata de una Ética que implica una responsabilidad que recae sobre el investigador y no sobre salvaguardas basadas en tecnicismos que tendrían la apariencia de ser garantes de validez y de confiabilidad. Más aun cuando los imperativos construidos en la era global del capitalismo impulsan a la desaparición del carácter heterogéneo y particular del sujeto



a título de la consecución de ciertos ideales homogéneos, cada vez más fáciles de promover gracias a algunos de los usos posibles de ese nuevo espacio denominado por Lipovetsky (2009) *pantalla global* lo que, dicho sea de paso, no deja de tener aspectos que conllevan nuevas formas de sufrimientos subjetivos, marcados en buena medida, por el paso de la represión del deseo a la pornografía del goce (Sahovaler, 2009) que ordena ir en búsqueda de un más allá que deriva en el exceso, cuestión manifiesta en diferentes campos sociales: político, económico, religioso, para nombrar sólo unos pocos de ellos. Así pues, “la legitimación de la subjetividad es una necesidad de cualquier alternativa al desarrollo capitalista” (González, 1997), que exige tomar distancia de los saberes totalizantes, las verdades absolutas y, sobretodo, de las posiciones de certeza que en ocasiones son exigidas por las instituciones dominantes de la ciencia y que atentan contra la investigación en tanto experiencia de construcción continua en la medida en que enfatizan la existencia de expertos que sirvan a las necesidades del mercado, convirtiendo las ciencias en campos de lucha de poder divididos en dos clases, a saber, los expertos poseedores del saber y la verdad, y los novatos a los que debe enseñárseles a replicar dicha verdad, todos ellos enmarcados en una competencia por ser reconocidos como entes productivos.

Sea como fuere, salir de dicha lucha, requiere un paso inevitable a la ética de un investigador que sea capaz de ubicarse desde un no saber que le permita construir a partir principios rigurosos pero sin rígidos estándares, a la vez que puede reconocerse en una posición que no sea la de la búsqueda del reconocimiento por parte de un Amo del cual espera recibir legitimidad.



## Referencias

- Bourdieu, P. (2001). *El oficio de sociólogo*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- Casabó, J. (1997). *Estructuras atómicas y enlace químico*. Barcelona: Editorial Reverté.
- Freud, S.; Breuer, J. (1979). Estudios sobre la Histeria. En *Obras Completas* (Vol. II). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Texto original publicado en 1893).
- García, F. (2002). El álgebra de la lógica En. *Apuntes de historia de las matemáticas*, 1, N° 2.
- González, F. (1997). *Epistemología cualitativa y subjetividad*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- Green, B. (2001). *El universo elegante. Supercuerdas, dimensiones ocultas y la búsqueda de la teoría definitiva*. Barcelona: Editorial Crítica, Colección Drakontos.
- Hawking, S. (2005). *Historia del tiempo. Del big bang a los agujeros negros*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Lacan, J. (1983). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica (1953-54)*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2004). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 20: Aún (1972-73)*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lipovetsky, G.; Serroy, J. (2009). *La pantalla Global: Cultura mediática y cine en la era hipermoderna*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Mills, W. (1987). *La imaginación sociológica*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Sahovaler, D. (2009). *El sujeto escondido en la realidad virtual: de la represión del deseo a la pornografía del goce*. Buenos Aires: Editorial Letra Viva.



**Revista Borromeo N° 3 - Año 2012**

<http://borromeo.kennedy.edu.ar>

[revistaborromeo@kennedy.edu.ar](mailto:revistaborromeo@kennedy.edu.ar)

ISSN 1852-5704

Saussure, F. de. (1964). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada.

Spinoza, B. (1987). *Ética*. Madrid: Alianza Editorial.